

Sobre la probable actualidad de *El Capital*

José Luis RODRÍGUEZ GARCÍA

Universidad de Zaragoza

Entrando en la cuestión

De lo que *debemos* partir es de una constatación que no me parece discutible: el Acontecimiento-Marx ha estado sometido en las últimas décadas a una depreciación realmente sorpresiva, al intento de una tachadura que puede calificarse de forma muy diversa -si bien no debiera olvidarse el expresivo comentario derridiano: no polemizar sobre Marx indica “una falta de responsabilidad teórica, filosófica y política”-. Pero es igualmente innegable que en justa correspondencia se ha acelerado un intento de recuperación de la aventura de quien dedicó su vida al análisis de la explotación, del empobrecimiento poblacional y de los posibles recursos para resolver no pocos problemas.

Me disculparán si me resisto a recordar testimonios orientados en la primera dirección porque son tan múltiples que temo la posible indigestión provocada por el recuerdo de anatemas, diagnósticos y varapalos. Acaso sea suficiente recordar este apunte del notablemente lúcido Althusser recogido de un artículo que él mismo presentaba como aproximación... Nos dice a propósito de la mantenida ofensiva contra la praxis socio-materialista:

El aparato de información inculcado por medio de la prensa, la radio, la televisión, a todos los <ciudadanos>, dosis diarias de nacionalismo, chovinismo, liberalismo, moralismo, etc. Lo mismo ocurre con el Aparato cultural (el papel chovinista del deporte está a la orden del

día), etc. El Aparato religioso, recordando en los sermones y demás solemnes ceremonias del nacimiento, del matrimonio y de la muerte que el hombre no es más que polvo a menos que llegue a amar a sus semejantes hasta el punto de presentar la otra mejilla a aquél que golpea la primera. Respecto al Aparato familiar... no es preciso insistir más.¹

Como me resultaría difícil encontrar palabras adecuadas para ilustrar el segundo asunto de nuestro interés, es decir, el del reintegro de Marx a la actualidad teórico-política, voy a recurrir a una líneas de la Introducción a la divulgativa aproximación a Marx que llevó a cabo Bensaïd hace un lustro. Escribía: “ya hace tiempo que una prensa vocinglera anuncia triunfalmente al mundo la muerte de Marx. Expresaba así alivio por su desaparición, y el temor que su retorno infundía. Lo que más se siente hoy es, justamente, el tan temido retorno de Marx”².

Y ha retorna en el ámbito de una crisis de sus principios y propuestas. *Resulta un tanto enigmático...* ¿Por qué “enigmático”? Porque el retorno y la revaloración de buena parte de sus análisis y propuestas se dan, precisamente, en el momento álgido de una ofensiva capitalista sin precedentes en el último siglo. Y ciertamente no parece el momento oportuno para celebrar un retorno. Ya hace casi treinta años, en el coloquio organizado por Il Manifesto en Venecia -1977-, el citado Althusser lo recordaba: “Quelque chose s'est brisé”. Lo que “había quebrado” era el marxismo... ¿Pero qué “había quebrado”? Por un lado, y es indudable, 1) las realizaciones políticas inspiradas en el ideario marxista. No deseo intervenir en esta orientación porque me interesa más especialmente subrayar que lo que “había quebrado” era 2) la autosuficiencia de la aventura teórica marxista: la crisis estaba apuntalada sobre la percepción de fuertes inconveniencias teóricas internas al proceder discursivo del texto materialista de Marx. No se trata exactamente de contradicciones a la manera como suele entenderse que hay contradicción interna a un discurso o propia de una práctica social ya que, en este caso, de lo que se habla es del mantenimiento de dos proposiciones que se niegan en idéntico ámbito discursivo. Prefiero referirme a Desajustes, entendiendo por tales la presencia en un discurso de dos o varias reflexiones que no se enfrentan entre ellas, sino que, más simplemente, difieren de manera sustancial –en el sentido en que intervine a propósito en *Marx contra Marx* (1996). Entiendo que este segundo aspecto de la crisis del marxismo estuvo sustentada en el hecho de esta percepción que algunos lectores e intérpretes de Marx comenzaron a detectar incluso mucho antes del estallido crítico al que vengo refiriéndome.

Voy a referirme a tres, tomados un poco a vuelapluma, y que referiré con mucha brevedad para centrarme en un desajuste que ha sido escasamente considerado o, diversamente, habiendo merecido alguna atención, requiere una reconsideración desde mi modesta perspectiva.

1. Desajuste de la “ideología”... La consideración común era la de entender el espacio histórico-social como relato de una aventura de la(s) ideología(s), cada una de las cuales estaría ilustrando un orden económico-político y, por lo mismo, correspondiendo en cuanto a su valoración con la que merece el determinado orden económico-político del que sería ilustración y sustento. Desde esta perspectiva habría que pensar en una ideología emergente, subversiva y revolucionaria en el mundo del capital, avance del espacio por venir, y que estaría por lo mismo amparada por la realización universal de libertades y necesidades, etc.

¹ . Althusser, Louis, “*Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*”, en *Escritos*, Barcelona, Laia, 1974, p. 135.

² . Bensaïd, Daniel, *Marx ha vuelto*, Edhsa, Barcelona, 2012, p. 9.

Desde luego, esta consideración estaría avalada por el discurso de Marx y Engels a partir de *La ideología alemana*. Como he prometido no alargarme interrumpiré esta primera referencia recordando de nuevo a Althusser, que en el artículo ya citado, y a propósito de lo que nos ocupa ahora, subrayaba que la teoría de la ideología a la que se refiere Marx en la obra que acabo de citar “no es marxista”³, diferenciando con mucha claridad entre la propuesta positivista-historicista⁴ -que ha sido la dominante en el corpus hermenéutico marxiano- y otra que sería radicalmente distinta de ésta –la propiamente materialista- y que, apuntando a una concepción de la ideología imposible de ser sometida a un análisis aventurero como el citado con anterioridad, establecería que “*la ideología no tiene historia*”⁵. *Desajuste evidente*: dos concepciones que conviven en un mismo discurso y que operan con archivos conceptuales diferenciados –lo que impide hablar de “contradicción teórica” entre ellos por cuanto no puede *dialogar* lo que está situado en registros idiomáticos diferenciados.

2. Desajuste de la “contradicción”... La Vulgata marxista vino a entender que la resolución de los conflictos en términos de superación del horizonte histórico de la lucha de clases pasaba y estaba determinada por el “factor económico”. Es indudable que podrían seleccionarse numerosos textos en los que Marx y Engels parecen abonar esta imprecisa consideración. Pero no es menos cierto que existen otros textos que remiten la supuesta esencialidad del mismo a una misteriosa y evanescente “en última instancia”. No es de extrañar que se generara desde el inicio una constante polémica que en verdad fue resuelta a favor de la primera sugerencia. Como Althusser nos viene acompañando en este camino, apelaré de nuevo a un texto –creo que uno de los más importantes de su obra-: me refiero a “*Contradicción y sobredeterminación*”, artículo incluido en *La revolución teórica de Marx*. Pues bien, en dicho artículo Althusser no sólo se limitaba a marcar la radical disparidad entre las concepciones de la dialéctica sostenidas por Hegel y Marx –lo que no es asunto baladí-, sino que subrayaba la misma en el hecho de que sea imprescindible jugar continuamente, como hicieron Marx o Lenin, entre la instancia económica y el reconocimiento de “la autonomía relativa de las superestructuras y su eficacia específica”⁶ que pueden aparecer como el fenómeno que actúa *visiblemente* en la lucha de clases como causa sobredeterminadora de la “instancia económica”. Pero el debate estaba ahí y, más allá de toda consideración, parece que algo de “confuso” existía en el propio texto marxista –acaso agrandada la sospecha por el hecho de que Marx dedicara la mayor parte de su obra a explicar la fundamentalidad del hecho económico.

3. Desajuste de la definición de “clase revolucionaria”. Intentaré ser breve en este momento, aunque este desajuste es, posiblemente, el que más haya inquietado en la trayectoria marxista. Veamos la cuestión... Marx había subrayado en su aproximación crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel que sólo un sujeto carente de interés alguno podría estar en condiciones de llevar adelante y con visos de éxito una reivindicación política de alcance universal, es decir, que afectara positivamente a todos los estratos sociales. Parece lógicamente impecable concluir que sólo el proletariado puede, en consecuencia, presentarse como sujeto histórico-revolucionario. Tal argumentación está en la base, como puede comprenderse, de la crítica a las frustradas intenciones de universalismo que esgrimió la levantisca burguesía del 89. Sin embargo, no son escasos los textos en los que Marx reduce la identificación entre sujeto histórico-revolucionario y proletariado introduciendo cautelas

³. Althusser, Louis, op. cit., p. 139.

⁴. Cfr. ibid., p. 142.

⁵. Cfr. ibid., p. 141. El subrayado es de Althusser.

⁶. Althusser, Louis, *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967, p. 91.

como la referida a la necesidad de un cierto nivel intelectual, como la referida a la desatención que merece el lumpenproletariado o como en fin, la que apunta a la urgencia de una afiliación partidista. Teniendo esto en cuenta, vemos que el propio estatuto de la clase revolucionaria es, cuanto menos, complejo. Y se comprenderá entonces la radicalidad del debate previsible: Lukács lo abría con fogosidad teórica en páginas inolvidables de *Historia y conciencia de clase* y sus ecos resuenan, por ejemplo, en numerosas consideraciones de la aventura sartreana, apuntándose a la necesidad de una “conciencia de clase” a la que otros autores y políticos no concedían notable relevancia al subrayar ante todo la función esencial de la “espontaneidad” –sería el caso memorable de Luxemburgo- o la necesidad fuera de toda duda del Partido –en la más férrea orientación leninista.

Cada una de estas perspectivas nos obligaría a llevar a cabo un seminario concienzudo, polémico e imagino que interminable. Por esto, sólo quiero referirme a un posible y misterioso *cuarto desajuste* que se refiere, así lo creo, al centro de la maquinaria teórico-política marxista –o de su tradición. ¿A qué me refiero? Se trata de un asunto *económico*.

El núcleo del problema

Verdaderamente, lo que les quiero plantear es un *enigma* –no encuentro en este momento otra forma de calificar el asunto al que voy a referirme. Creo que se trata de un asunto que merece la pena resolver o, cuando menos, restaurar por lo que se refiere a la importancia –acaso...- de su actualidad.

Obviamente el texto que provoca menos suspicacias de la literatura de Marx es *El capital* (EC en adelante) En primer lugar, porque él mismo, en prólogos sucesivos, se reiría de sus debilidades hegelianas, que están sobre todo presentes en sus referencias al fetichismo de la mercancía... Por otra parte, porque su análisis es remitido al capitalismo industrial decimonónico y, entonces, su fundamentación científica parece avalada, y también contrarestada como válido análisis empírico pero, dada la naturaleza de la inmediatez analizada, invalidada dicha fundamentación para en análisis de la actualidad. Así se esquiva el sentido que al trabajo científico quería darle Marx. Algunos autores lo previnieron hace décadas, y Bensaïd lo ha recordado en su *Marx ha vuelto* cuando escribía esto que no me resisto a silenciar:

De los *Manuscritos parisienses de 1844* hasta *El Capital*, este saber sigue siendo íntegramente “crítico” en toda su extensión; y si bien puede evolucionar el uso que se hace de dicho término, lo que permanece igual es la “Crítica despiadada del orden existente, reivindicada ya en sus cartas de juventud. En vez de actuar como los socialistas doctrinarios, que “excomulgan como santos”, se trata de “satirizar como críticos”⁷.

Pero, en fin, no seguiré por este camino.

Pero qué ocurriría si EC es una obra *para nosotros*, en ningún modo obsoleta... Evidentemente, *que sea una obra para nosotros* requiere que existan anotaciones de lo real del pasado que reaparecen en nuestra inmediatez. Es lo que pienso ahora. Y por esto quiero proponerles alguna consideración al respecto. ¿Por dónde comenzar?

Bien, voy a hacerlo remitiéndome a alguna orientación de EC. En concreto a las relaciones

⁷ . Bensaïd, Daniel, op. cit., p. 179.

de conflictividad que pueden derivar del concepto de *subsunción real* en relación a la evolución del Modo de producción capitalista y, más allá, de las posibles inconveniencias que se derivan del planteamiento marxiano. Relaciones de conflictividad que acaso sólo podamos percibir en la coyuntura que vivimos y que, desde mi perspectiva, reactualiza la operación de Marx –si bien, nos plantea otros problemas... Pero, en fin, les comentaba que iba a presentar el asunto con algún suspense. Lo formulo para que vayamos entrando en el asunto... Como saben, Marx escribe ese conocido como Capítulo VI (inédito) hacia 1863 –es decir, pocos años antes del inicio de la redacción de *El capital* (1867)... Pero, en verdad, creo que se trata de páginas que debían ser incorporadas a la obra inigualable de Marx. De hecho, dicho concepto reaparece una y otra vez en el Libro I. Entonces, ¿por qué no lo incorpora o desarrolla más fuertemente –dada la importancia que tiene, como veremos...?–. Uno de los prologuistas del texto inédito en su versión castellana –José Arico, la verdad es que desconozco si existen otras versiones- aventura preguntándose ¿por qué decidió no publicarla?... Y responde lo siguiente:

Basta una simple lectura de los Resultados... para comprender que su ausencia en el libro I de EC resta bastante coherencia a su obra, tal como fue publicada por el autor. Y eso debía comprenderlo el propio Marx al escribirla. ¿Por qué decidió no publicarla? Quizás tenga razón el traductor de la edición italiana, Bruno Maffi, al señalar que le hubiera sido imposible a Marx conseguir un editor burgués que aceptara sacar el libro con ese final políticamente tan comprometedor (...) El texto muestra claramente el sentido que Marx quería dar a su obra y las razones que tenía para pensar que con ella asentaba a la burguesía un golpe del que jamás podría recuperarse.⁸

Es una opinión que puede ser respetada. Pero no estoy de acuerdo con la consideración de Arico.

Me interesan rastrear otras interpretaciones para avanzar.

Quisiera referirme en primer lugar a un texto que publica Negri en 1989. En uno de sus capítulos viene a señalar la importancia del concepto de *subsunción real* poniéndolo en relación con el de *obrero social*. Se remarca, por un lado, que vivimos en una etapa radicalmente nueva en relación a la contrastada por Marx. Escribe:

Por lo que nos atañe, ahora la situación es profundamente distinta: *nosotros hemos ido más allá de Marx y el obrero social es una realidad* a la que la definición marxiana de las sucesivas subsunciones podía sólo aludir y definir en su potencialidad, mientras que nosotros vivimos la actualidad del concepto.⁹

Esto es, el *obrero social* está en condiciones de superar los rigores de la subsunción real que se escuchan siempre como cantos de sirena que prometen las mieles del consumismo o la realización de las necesidades. Por esto mismo, y en segundo lugar, no ha lugar a la consideración del “aburguesamiento del proletariado”¹⁰, sino antes bien a la consideración adversa, es decir, a la relativa al fortalecimiento de la potencia proletaria. En fin, Negri hablaba entonces en tales términos. Ahora bien, ¿por qué esta confianza? Por la propia naturaleza del obrero social que está conformado por “su capacidad de reappropriarse del mando sobre el trabajo”¹¹. De esta manera, el periodo de la subsunción real es el de un

⁸ . Arico, José, “Presentación” a *El Capital. Libro I, Capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 1971, p. X.

⁹ . Negri, Toni, *Fin de siglo*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 70.

¹⁰ . Ibid., p. 66.

¹¹ . Ibid., p. 71.

proletariado rearmado contra la maquinaria del capital y no absorbido por sus exigencias.

Queda ahí la alternativa negriana que, según mi parecer, no se va a mantener cuando él mismo aborde el tema de la postmodernidad, el asunto de la globalización o mundialización económica y la estrategia del biopoder para crear subjetividades. La lectura de *Imperio* o de *Multitudo* nos puede convencer de que el lenguaje que se mantiene desde los años 70 hasta el fin de siglo resulta muy pronto obsoleto e inservible. ¿En qué medida? Por cuanto la evidencia nos aconseja establecer otras conclusiones –nada parece alterar, digámoslo así, el afán de la clase obrera por el consumismo y las derivas de la izquierda socialista se van transformando, ante esta evidencia, en transversales e interclasistas-. Resumidamente, puede afirmarse, siguiendo la estela negriana, que el *obrero social* está en condiciones de afrontar con espectacularidad hercúlea la subsunción real e impedir la fagocitación de su conciencia de clase.

Pero no parecerá extraño que el tema de la subsunción real, esto es, el tema de la evolución de la máquina que crea plusvalor en su adaptación a las circunstancias contemporáneas, haya merecido otras lecturas. Por ejemplo, la que encontramos en algunas páginas de un texto de G. Albiac –es del 2000 y se titula *Desde la incertidumbre*- donde se reconocía la novedad –en el horizonte negriano- para establecer paralelamente que vivimos en una geografía político-productiva que es la heredera de la amplia franja histórica del periodo de subsunción formal. Escribía:

El capitalismo alcanza su mayoría de edad, automatizando lo que en el periodo de la acumulación originaria era simple expropiación arbitraria, desposesión salvaje, concentración dineraria al margen de toda regla. La normalidad sucede a la anomalía, la legitimidad a la ley de la jungla, la plusvalía al robo (...). Y, así, el sorprendente capítulo VI inédito del libro I de EC dibuja ante nosotros la imagen de un imperio des-subjetivado que sólo el último tercio de nuestro propio siglo serviría para ejemplificar¹²,

para concluir que

desde mediada la segunda década de nuestro siglo, el modelo de la subsunción formal estaba agotado. Fueron necesarias dos guerras mundiales y todo el extraordinario proceso de concentración y centralización que el fin de la segunda desencadena para situarnos en el umbral de esa *mutación*... a la que se designa como subsunción real del trabajo en el capital¹³.

Y el posicionamiento de Albiac apuntaba a un cierto réquiem por la actitud del sujeto histórico-revolucionario, esto es, el proletariado. Al fin y al cabo, ya lo había indicado con alarma Marcuse en *El hombre unidimensional*. La diferencia con Negri es obvia, la distancia incommensurable: porque donde Negri encuentra –y no sabemos muy bien por qué- razones para el optimismo dada la naturaleza y subjetividad del obrero social, Albiac sólo identifica la congelación de un sueño que nos remite a la pesadilla más odiosa que sufrirse pueda, esto es, a la pesadilla de la inmovilidad y del desasosiego irrefutable. En fin, no quiero añadir nada más al respecto porque yo mismo he sostenido en otros textos este último análisis referido y compartido con alguna desazón lo que parecía derivarse estrictamente de las implicaciones del concepto de subsunción real y, muy exactamente, la evidencia de un obrero social

¹² . Albiac, Gabriel, *Desde la incertidumbre*, Barcelona, Plaza&Janés, 2000, p. 83.

¹³ . Ibid., p. 97.

amodorado.

Pero, ya que estamos en materia, y aproximándonos a la propuesta para solucionar el enigma -¿por qué Marx se resiste a publicar este capítulo?- quisiera hacerle una mala jugada a mi amigo Aragüés, gracias a quien estoy hoy aquí planteándoles mis propias vacilaciones después de algunos meses en que llevo pensando el asunto... Porque Aragüés, más cerca de las conclusiones de Albiac o de las mías propias que las del optimismo de Negri, y por supuesto, a años luz de quienes suponen una especie de cobardía intelectual de Marx, que habría renunciado a la publicación por miedo a los ataques de la burguesía –cuando en verdad la burguesía debiera sentirse muy satisfecha de haber creado una subjetividad paradójica, puesto que, resultando explotada, parece sin embargo asentir ante la contemplación de sus heridas-, lleva a cabo, Aragüés, digo, un análisis a partir del cual podemos concluir que su propuesta interpretativa de la subsunción real la entendería como una novedad puramente estructural con la consiguiente consecuencia de una deriva hacia la constitución de una subjetividad esclavizada e inconsciente. Propone, así pues, la aceptación de la novedad del periodo de la subsunción real, sin caer en la extremada desazón de Albiac y esquivando a un tiempo la euforia negriana. En efecto, Aragüés, en uno de los capítulos de su *Líneas de fuga*, viene a proponer sus páginas es la conveniencia de encontrar o potenciar una herramienta que afronte las novedades finiseculares de la subsunción real y, muy especialmente, la del recurso estratégico del MPC que se ampara actualmente en la ofensiva de los medios de comunicación. Leamos:

Es necesario, por lo tanto, ampliar los parámetros que definen la subsunción real del trabajo en el capital (...máxime cuando) para configurar ese modelo de supeditación de las subjetividades al capital se han generado otros mecanismos de eficacia contrastada, como son el aumento del nivel de vida en las sociedades occidentales, cuya consecuencia es la aparición de una conciencia de una *conciencia de habitabilidad del capitalismo*, y el potente desarrollo de los medios de comunicación de masas”¹⁴.

¿A qué nos enfrentamos? ¿Es posible aceptar que la no inclusión del VI inédito es debida a la sospecha de que la aceptación de la misma revoca cualquier posibilidad de transformación post-capitalista? Desde luego, desecho radicalmente la idea de una supuesta cobardía intelectual por parte de Marx, ya que sabemos que no le aflige en exceso abandonar pretensiones editoriales -abandona sin dolor alguno su *Crítica de la F^a del Derecho de Hegel*, y, espectacularmente, *La ideología alemana*, además de los *Grundrisse*-, y también que el abandono esté motivado por la sospecha de que sus conclusiones afectan gravemente a la función histórica del proletariado.

Me excusarán que sea breve, y acaso demasiado reductor. Pero lo hago porque quisiera comenzar a marcar algunas huellas para superar el enigma. Es decir, quiero transmitir mi impresión –dejémoslo así...-. Es claro que ésta no se ampara en una lectura cuidadosa de EC tan sólo, sino igualmente en el hecho de que la situación de la crisis mundializada que va a ser nuestro desierto o nuestro Gólgota me ha aconsejado el atrevimiento que voy a comenzar a hacer explícito ahora mismo. No deben estar ustedes confiados en exceso en relación a la oportunidad o rigor de mis palabras. Me limito a comenzar la roturación de lo que podría ser un nuevo campo –que alguien sembrará-. Les expongo mi tesis sobre el enigma del inédito VI de EC antes de aportar alguna razón que podría avalar la misma. Vayamos, avancemos...

¹⁴ . Aragüés, Juan Manuel, *Líneas de fuga*, Madrid, FIM, 2002, p. 37.

Mi tesis es que Marx se decide a no incluir el conocido como VI (inédito) debido a que no está convencido de que pueda ajustarse con otras reflexiones desarrolladas en la obra –como la noción de crisis, por ejemplo– y, sobre todo con la superación del periodo de subsunción formal y el tránsito de la plusvalía absoluta a la plusvalía relativa.

Subsunción formal y Terror

Vayamos por partes. Recordemos, en primer lugar, que la subsunción formal no es específicamente capitalista. En las páginas dedicadas a su tratamiento, Marx apuntará que nos situamos ante una relación “desarrollada ya antes de que surgiera la relación capitalista”¹⁵. Pero es cierto que se remodela específicamente en el horizonte de las nuevas relaciones capital-trabajo asalariado. ¿En qué sentido? Leamos este largo y sustancioso fragmento, en el que se relacionan las condiciones de modalidad laboral que tuvo oportunidad antes de que surgiera la relación capitalista y las ordenadas por esta misma:

la relación capitalista como *relación coercitiva* que apunta a arrancar más plustrabajo mediante la prolongación del tiempo de trabajo –una relación coercitiva que no se funda en relaciones personales de dominación y de dependencia, sino que brota simplemente de diversas funciones económicas- es común a ambas modalidades, pero el modo de producción específicamente capitalista conoce empero otras maneras de expoliar la plusvalía. Por el contrario, sobre la base de un modo de trabajo preexistente... sólo se puede producir plusvalía recurriendo a la *prolongación del tiempo de trabajo*, es decir, bajo la forma de la *plusvalía absoluta*. A esta modalidad, como forma única de producir la plusvalía, corresponde pues la *subsunción formal del trabajo en el capital*.¹⁶

La cuestión parece absolutamente clara... La vinculación relacional subsunción formal-plusvalía absoluta-coerción queda establecida con firmeza. Pero a esta relación la sucedería la propia de la subsunción real que plantearía otro núcleo relacional: subsunción formal-pluvalía relativa-aceptación de la maquinaria... Volvemos a leer a Marx:

En la subsunción real de trabajo en el capital... se desarrollan las *fuerzas productivas sociales del trabajo* y merced al trabajo en gran escala, se llega a la aplicación de la ciencia y la maquinaria a la producción inmediata. Por una parte el *modo capitalista de producción*, que ahora se estructura como un modo de producción sui generis, origina una forma modificada de la producción material. Por otra parte, esa modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de la relación capitalista, cuya forma adecuada corresponde, en consecuencia, a determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas del trabajo.¹⁷

Quedaría delimitado así un proceso en el que subsunción formal-subsunción real serían las denominaciones de las dos etapas de la historia del capital. Considerando estos fragmentos puede uno caer en la tentación de conceder la razón a cualquier intérprete. Y dar pábulo desde luego a la indecisión (Aragüés), a la amargura (Albiac) o al optimismo voluntarista del Negri que operara así entre 1980 y 1989 –cuando menos-. Pero no debe marginarse que Marx introduce importantísimas cautelas: por ejemplo, hablando de la posible-real (re-)evolución de la relación capitalista, nos desafía a un reto que entiendo no hemos sabido resolver, y que no

¹⁵ . Marx, Karl, *El Capital, libro I, capítulo VI (inédito)*, México, Siglo XXI, 1971, p. 56.

¹⁶ . Ibid., p. 56.

¹⁷ . Ibid., p. 73.

es otro que el que precisar en qué consista *ese determinado grado de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas del trabajo*. Aniquilación, diría yo, estupor, quiebra: la aniquiladora niebla de la *subsunción real* nos sitúa en un horizonte muy complicado.

Pero resulta, desde mi punto de vista, que otras reflexiones de Marx anuncian algo distinto a esta irrevocable cronologización del capital. Ruego que se tenga en cuenta este fragmento que voy a transcribir porque es fundamental para entender algunos de los conflictos que estoy planteando: desde mi punto de vista, estas líneas afectan ante todo al problema de la *cronologización* que me ocupará más adelante. Atendamos al texto, que dice lo siguiente:

Sea como fuere, las dos formas de la plusvalía, la absoluta y la relativa... corresponden a dos formas separadas de la subsunción del trabajo en el capital, o dos formas de la producción capitalista separadas, de las cuales la primera es siempre precursora de la segunda, aunque la más desarrollada, la segunda, puede constituir a su vez la base para la introducción de la primera en nuevas ramas de la producción.¹⁸

Fíjense en ese *siempre* que parece indicar la repetición del ciclo subsunción formal-subsunción real... Naturalmente, si esto fuera así, no tendría sentido la inclusión del cap. VI en El Capital –sin que esto desmerezca la reflexión sobre el concepto de subsunción que es ampliamente tratado en el capítulo XIV, entre otros-. Esto es, no tendría sentido la historización de la subsunción. ¿En efecto, qué se nos ha querido decir en el fragmento transcrita líneas arriba? Me parece básico hermenéuticamente, aunque no sepa si entro en territorios muy difíciles. Esto es lo que deseo expresar: que no hay posibilidad de historización del Capital, sino que, atendiendo a su aventura, de lo que convendría hablar es de un juego permanente entre subsunción formal y subsunción real, resultando aquella la más idónea para entender el mecanismo de la acumulación progresiva e ininterrumpida del Capital y la subsiguiente dominación de la fuerza del trabajo, de la ciudadanía –*que bien podría identificarse estrictamente con fuerza de trabajo*.

Vamos a comprobarlo apelando a dos horizontes. El uno es propiamente teórico, analítico, marxiano, si queremos hablar de esta manera, mientras que para ilustrar el segundo me ampararé en una somera y acaso polémica consideración de nuestro presente.

Pues bien, voy a intentar mostrar que el análisis histórico de Marx referido a la evolución del capital o, más estrictamente, a las relaciones capital-trabajo asalariado, son incompatibles con la consideración de su reflexión sobre la *crisis*, lo que motivaría el rechazo marxiano a la inclusión del VI inédito. Veamos, como es sabido, Marx sostiene el carácter periódico de la crisis. O lo que es lo mismo: la interrupción violenta del proceso del trabajo y las paralizaciones del mercado y la circulación son realidades propias del modo de producción capitalista. En un lenguaje pretendidamente científico, escribirá en el cap. XXIII que

así como los cuerpos celestes, una vez arrojados a un movimiento determinado, lo repiten siempre, la producción social hace otro tanto no bien lanzada a ese movimiento de expansión y contracción alternadas. Los efectos, a su vez, se convierten en causas, y las alternativas de todo el proceso, que reproduce siempre sus propias condiciones, adoptan la forma de la *periodicidad*.¹⁹

Lo que explicitará páginas más adelante:

¹⁸ . Ibid., p. 60.

¹⁹ . Marx, Karl, *El Capital*, I, v. 3, Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 788.

En todo y por todo, los movimientos *generales* del salario están regulados exclusivamente por la *expansión y contracción del ejército industrial de reserva, las cuales se rigen, a su vez, por la alternación de períodos que se opera en el ciclo industrial*. Estos movimientos (se determinan) por la proporción variable en que la clase obrera se divide en ejército activo y ejército de reserva, por el aumento y mengua del volumen relativo de la sobre población, por el grado en que ésta es ora absorbida, ora puesta en libertad. Para la industria moderna, realmente, con su fase decenal y sus fases periódicas...”²⁰.

Preguntémonos: ¿qué debe ocurrir para la superación de la crisis, es decir, para la reacceleración de la producción, del mercado y de la distribución? Algo que Marx supone y que viene a explicar desde mi punto de vista su resistencia a la publicación del cap. VI. Ni más ni menos, *que es necesario retornar al periodo de la apariencia subsunción formal –esto es, a la restauración de la plusvalía absoluta y de la coerción...* Desde esta perspectiva, la subsunción real es episódica y superficial. *Lo que opera esencialmente es la regla de la subsunción formal*. Por esto mismo, la superación de las crisis exige el restablecimiento de los marcos coercitivos. Yo creo que Marx pensaba esto, como creo ahora también que pensaba que la reaparición de los mecanismos de la subsunción formal eran en buena medida la siembra de la revolución socialista –porque mal le va a la conciencia del proletariado la subsunción real... Y entiendo que Marx pensaba esto estrictamente: vuelvo a recordar ese fragmento trascrito con anterioridad del VI inédito en el que se apunta la relación entre “nuevas ramas de la producción” y la reaparición consiguiente de la ”subsunción formal”, no siendo posible olvidar que Marx entiende que la supervivencia del capital sólo es posible en virtud de la permanente revolucionarización de los medios de producción de modo que *vivimos permanente asediados por la forma de la subsunción formal*.

Pero deseo subrayar una segunda evidencia de esto que ahora sostengo y que ayudaría a explicar el enigma de la supresión del capítulo que estamos cuestionando y que fortalece, desde mi punto de vista, la posible exactitud de lo que digo. Y se me permitirá descender a nuestro presente –aunque podríamos encontrar advertencias sutiles y precisas en algunas de las crisis analizadas por Marx, las del 25 o del 46-47, las del 57-58 o de 1866. Pero nos es más útil hablar de nuestro hoy, esto es, de *nuestra crisis*.

Nadie pondría en duda que el efecto más aparatoso de la crisis que vivimos es el empobrecimiento de amplias franjas de la ciudadanía y el descenso de su nivel de vida. Las medidas no son para nadie desconocidas: salarios congelados o a la baja, deriva de la masa recaudatoria de los servicios públicos hacia la oxigenación del capital financiero y neoregulación del marco laboral. La finalidad es inequívoca: se trata de restaurar la vigencia de los mercados y de garantizar la circulación de mercancías. Pero hay algo en la trastienda que no podemos desconocer, y que nos hace retornar a algunas de las tesis más contundentes del Marx de *El Capital*. Y es que la congelación salarial debe considerarse ni más ni menos que como un encubierto aumento de las horas de trabajo por cuanto se precisan más horas para alcanzar el nivel de vida previo a la congelación salarial. No nos engañemos, entonces: no es sólo que ganemos menos, sino que trabajamos proporcionalmente más horas. Esta es la desnuda verdad... Y al tipo de relación sustentada en la extracción de plusvalor en virtud de las horas de trabajo-salarios reducidos y su inmediata y obligada aceptación por parte de la fuerza de trabajo es lo que Marx denomina subsunción real.

²⁰ Ibid., p. 793.

De modo que vamos entendiendo algo... Que no hay dos períodos en la aventura del capital, sino un modelo repetido periódicamente. Que no se ha superado el periodo de la subsunción formal porque no puede ser superado ya que la periodicidad de las crisis y su superación en virtud de esa revolucionarización de los medios de producción impone y exige su implantación y que, en verdad, contemplamos de nuevo, pero ahora en nuestros propios cuerpos, la violencia que requiere la plusvalía absoluta. Y acaso vayamos comprendiendo la resistencia de Marx a la inclusión del cap. VI en la edición de *El Capital*: es que algunas de sus tesis se mantienen en abierta confrontación con algunas fundamentales de la obra clásica, y especialmente, como he pretendido aclarar, la que establece una forzada periodicidad en la historia del capital enmarcada en los tipos diversos de subsunción.

Quizá hayamos resuelto el enigma –aunque me conformaría con haber abierto una vía para la reflexión... Y, por cuanto nos situamos de nuevo en la subsunción formal, tenemos que conceder audiencia a las reflexiones de Marx sobre los mecanismos de la acumulación originaria del capital, ese estremecedor capítulo XXIII que nos habla de cómo era precisa una inicial y rápida acumulación originaria. Añadiría por mi parte, y en sintonía con lo que vengo desarrollando, que *siempre es precisa una rápida acumulación de capital durante los tiempos de crisis*.

Les voy a recordar algunas cosas que Marx plantea para terminar de vislumbrar los peligros que acechan a la fuerza de trabajo y que deterioran las relaciones estables entre trabajo asalariado y capital. No quisiera entrar, desde luego, en los pormenores que ilustran la historia de la acumulación originaria en Inglaterra, que es el marco en que nos sitúa Marx, sino en las herramientas que se utilizan para establecer el salario mínimo y la jornada laboral. Fíjense que se trata, en términos generales, de lo que se lleva a cabo en la crisis actual – aunque dentro de una mundialización de la economía que introduce otras variables de riesgo-. Así, conviene recordar que Marx advierte, poniendo en jaque mate a la economía política clásica, que

en la historia real el gran papel lo desempeñan, como es sabido, la conquista, el sojuzgamiento, el homicidio motivado por el robo: en una palabra, la violencia. En la economía política, tan apacible, desde tiempos inmemorables ha imperado el idilio. El derecho y el “trabajo” fueron desde épocas pretéritas los únicos medios de enriquecimiento, siempre a excepción, naturalmente, de “este año”. En realidad, los métodos de la acumulación originaria son cualquier cosa menos idílicos²¹.

Y páginas más adelante vibrará nuestro querido Marx al recordar la “legislación terrorista y grotesca”²² que a amparó el periodo de la acumulación originaria. Bien, tales son las características de la subsunción formal... Y, si estamos atentos, cundirá la convicción de que es el panorama que estamos viviendo. Esto es, un nuevo proceso de acumulación que se implanta con esa legislación caracterizada por Marx. A los campesinos del XV-XVI se les expropiaban las tierras para convertirlos en ejército de reserva. A los trabajadores del XXI se les expropian sus pisos y se les reducen sus ahorros sociales –de la sanidad, de la educación...– para convertirlos en ejército de reserva cuya fuerza de trabajo se compra a niveles de infrahumanidad.

²¹ . Ibid., p. 892.

²² . Ibid., p. 922.

Estas son algunas de las cuestiones que Marx nos legó. Naturalmente, de forma inevitable, todo habría de desembocar en un posicionamiento ético marcado por la actitud ante la presencia de los efectos de la subsunción formal y en un replanteamiento político que pusiera en trance de infarto –como ilustraba muy directamente Bensaïd– la relación capital-poder político.